

Comentario al icono de la Virgen de Vladimir



Francisco Contreras Molina

Si existe alguna imagen que pueda representar por medio del arte la sobrenatural belleza de María es, sin duda, el icono de Vladimir o Virgen de la ternura.

No se le ha dado a la humanidad ninguna pintura de María más sublime, ni se puede encontrar nada semejante que la supere sobre esta tierra.

Contemplamos absortos el misterio de María, al mismo tiempo virgen y madre de Dios.

Dios Trinidad es el origen y artífice de tanta belleza. Sólo él la crea hermosa.

María aparece unida a su Hijo, a quien sostiene y levanta, en un abrazo entrañable.

No está ausente de nosotros. María nos mira con sus ojos inmensos, como sólo las madres saben hacerlo, con esa mezcla de desvelo y de ternura...

Mirándonos, nos dice a cada uno de nosotros: «A mi Hijo Jesús lo tengo en mi regazo, junto a mi corazón; está aquí, conmigo. Tú, hijo mío, ¿dónde estás?».

Queremos invocarla con las últimas palabras de la tradicional Salve, pidiéndole:

*Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos
y, después de este destierro, muéstranos a Jesús,
fruto bendito de tu vientre.
¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!*

Por eso, su icono aparece en la portada del libro, pues ella es la puerta que nos abre a la suprema belleza de Dios.

Este libro quiere contemplar los rasgos de su hermosura como mujer virgen, Madre de Dios y nuestra, tal como la han retratado las estrofas y versos de los mejores poemas españoles del siglo XX.

1. Historia del icono

Recordar brevemente la historia de este icono constituye una elocuente glosa de su título. La Virgen *Hodigitria*, o *la que muestra el camino*, ha hecho honor a su nombre; no ha dejado de caminar de una parte a otra, obligada por diversos avatares. Como si el icono no fuese sino un símbolo fiel de todo discípulo de Jesús, que debe huir de ciudad en ciudad a causa de la persecución, cumpliendo así la palabra del Evangelio (Mt 9,23).

El icono fue pintado por un artista griego y pertenece al arte bizantino de la época macedonia. El cuadro fue donado como generoso regalo de la Iglesia de Constantinopla a la hermana Iglesia de Rusia, hacia 1113. Desde ese momento, cada movimiento del icono ha sido registrado puntualmente. Permaneció en Kiev hasta que la ciudad fue destruida por la Horda Dorada. En 1155 fue transportado desde Kiev hacia el norte de Rusia, a Vladimir (de ahí el nombre por el que se le conoce habitualmente). Es célebre por sus intervenciones milagrosas; ha salido indemne de muchos incendios e intentos de destrucción por parte de los tártaros. En 1395 fue llevado, por fin, a Moscú. Ha estado presente en todos los acontecimientos importantes de la nación, como un verdadero tesoro sagrado de la gran madre rusa.

Actualmente, el icono se encuentra en el Museo Tretyakov de Moscú.

No hay nada comparable a su visión *in situ*. Afirman quienes han tenido esa fortuna que su contemplación es un anticipo del cielo y que jamás podrán olvidar la hondura de esos ojos de María.

En una ocasión reciente fue sacado, durante la crisis nacional de 1993, por el patriarca de la Iglesia ortodoxa rusa Alexei para bendecir la ciudad.

2. Visión de conjunto

En esta imagen confluyen dos tipos iconográficos: *Hodigitria* y *Eleusa*.

Conforme al modelo pictórico *Hodigitria*, María es representada en posición frontal. Con un brazo sostiene a Jesús y con el otro le señala indicando gráficamente con su gesto: «Él es el camino». El significado de la palabra griega *Hodigitria* es «la que muestra el camino». La Virgen *Hodigitria* es considerada patrona de los artistas de iconos.

El acento del gesto de María recae, pues, directamente sobre Jesús, a quien se dirige, recalcando su divinidad. Los fieles suelen rezar delante de su imagen una estrofa extraída del oficio votivo de la Virgen: «Enmudezcan los labios de los impíos, que no se postran ante tu venerada imagen *Hodigitria*, pintada por el santo apóstol Lucas»¹.

El otro tipo es *Eleusa*. Esta palabra griega –adjetivo proveniente del verbo *eleoo*– significa «la tierna, compasiva, misericordiosa». Este icono pone de relieve el afecto que une a la madre y al hijo: ternura recíproca, proximidad de la mutua presencia, subrayando la humanidad de Jesús.

También este modelo pictórico *Eleusa* se atribuye a san Lucas. Dos iglesias de Constantinopla le estaban consagradas.

Nuestro icono ha fundido genialmente la tipología de ambos modelos. Une la humanidad de Jesús con su divinidad; la maternidad de María, que adora a su Hijo, con el tierno cariño que le profesa.

El pintor ha realizado un doble prodigio. Ha creado una obra de arte insuperable –como es unánimemente considerado por la Iglesia rusa– y ha hecho una elocuente pieza que constituye toda una ofrenda de nuestra profesión de fe. La imagen invita a todo creyente que la contempla a adorar a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, nacido de María Virgen.

Incluso en el Museo Tretyakov, en donde hoy día se encuentra, es frecuente el espectáculo de personas orando, de

¹ Texto tomado del oficio *Paraklisis*, cf. *Horologion*, Roma 1937, 919.

pie o de rodillas, ante la venerada imagen, que tanto ha padecido en su peregrinación².

3. La belleza espiritual de María y el Niño

La composición posee forma de triángulo –enmarcado por las figuras de María y el Niño–, que se dibuja sobre un rectángulo. El vértice del triángulo lo ocupa la cabeza de la Virgen, y los dos lados lo forman la caída de sus hombros; la base está ocupada por la presencia conjunta del Niño con la Madre.

El símbolo es claramente alusivo: posee su explicación, que nos viene dada conforme a la convención de los iconos. Quiere decirse que la Trinidad está presente y actúa. Toda la belleza de María se explica como una participación en la gracia de Dios Trino y Uno.

Nos quedamos literalmente asombrados ante la hermosura de la Virgen. Un profundo texto de G. Palamas describe, como esclarecedor comentario, su sin par prodigio:

Queriendo crear una imagen de la belleza absoluta y manifestar claramente a los ángeles y a los hombres el poder de su arte, Dios ha hecho verdaderamente a María toda bella. Ha reunido en ella las bellezas particulares distribuidas a las otras criaturas y la ha constituido común ornamento de todos los seres visibles e invisibles; o mejor, ha hecho de ella una síntesis de todas las perfecciones divinas, angélicas y humanas, una belleza sublime que embellece los dos mundos, que se eleva sobre la tierra hasta el cielo y que sobrepasa incluso este último³.

Se ha afirmado por parte de uno de los mejores conocedores del mundo de los iconos:

Nuestro icono representa una de las cumbres del arte iconográfico por su sublime perfección y por una tal pureza de estilo que no se puede imaginar nada que pueda sobrepasarlo⁴.

Nos llama la atención el tratamiento aplicado tanto a la Madre como al Niño. La Virgen se encuentra en el polo

² Cf. J. Forest, *Orar con los iconos*, Santander 2002, 144.

³ *In Dormitionem*; PG 151, 468ab.

⁴ P. Evdokimov, *L'art de l'icône. Théologie de la beauté*, París 1972, 221.

opuesto del tipo de Virgen preconizado por nuestro arte occidental, que tanto insiste en el realismo anatómico, y acentúa la belleza terrestre por medio de la exhibición de facciones muy acusadas de humanidad. Esta Virgen, en cambio, aparece provista de rasgos espirituales, aunque no descarnados; representa ya una criatura totalmente deificada, investida de majestad y de una humanidad enáltecida. Al mismo tiempo, el Niño no refleja ciertamente la imagen del *Bambino Gesù*, de dulce mirada y cuerpo «chiquito» que suele acompañar con su ingenuidad a la *Madonna*.

No sabemos el nombre del autor. El icono no recoge su firma. En realidad, ningún icono lo hace; el nombre queda diluido en la obra: el personaje se funde entre las líneas y colores, formando parte intrínseca ya de la representación. Sólo aparecen unas pocas letras, milagrosamente legibles en medio del evidente deterioro de las manchas rojizas y amarillas del contorno.

Las letras superiores están a ambos lados de la cabeza de la Virgen. Son las iniciales de dos palabras: *Meter Theou*, a saber, *Madre de Dios*. Es el título principal de María y la fuente de todos sus privilegios, la causa de su belleza. Para hacerla digna Madre de su Hijo, el Padre la ha colmado de toda gracia y hermosura.

Ser Madre de Dios, tal como la declaró el Concilio de Éfeso, es la más sublime diadema que puede portar María.

Las otras letras se sitúan junto a la cabeza del Niño. Leemos las letras primeras de la expresión *Iesous Khristos*: Jesucristo. Es un título neotestamentario y litúrgico y hace referencia no ya a un niño pequeño, sino a quien ha realizado el misterio íntegro de su vida, el que ha muerto y resucitado. La Iglesia así lo confiesa en su fe y adoración.

4. Contemplación de los primeros planos

4.1. *María*

María está recogida por un manto: el famoso *maphorion*, una especie de velo, que le cubre la cabeza y los hombros. El *maphorion* es la prenda que se ve con mayor frecuencia en los iconos de la Virgen. Está ornado, como en este caso,

por galones o franjas de oro a manera de dorados colgantes bajo los hombros. Su cabeza está rodeada por un velo (*Pokrov*). Una cenefa dorada circunvala su rostro, destacándolo. En la tradición oriental se cree que el *maphorion* era una de las reliquias que había dejado la Virgen en la tierra. Fue llevado desde Jerusalén, custodiado y venerado en el santuario más célebre de Constantinopla, el santuario de las Blanquernas.

Hay tres estrellas. Dos son visibles: brillan en su frente y en su hombro. La otra se encuentra tapada por la presencia del Niño. Las estrellas son el signo dogmático de su virginidad perpetua⁵. Son tres estrellas que acentúan los tres momentos de su virginidad. María fue virgen antes del parto, durante el parto y después del parto de Jesús.

También son una señal evocadora de la Santísima Trinidad. Una representa al Padre, otra al Espíritu, y la que no se ve —porque la oculta el cuerpo del Niño— es Jesucristo. Aunque en realidad no la tapa, pues él mismo es una estrella. Así lo declara en el libro del Apocalipsis: «Yo soy la estrella radiante de la mañana» (Ap 22,16).

Nos llama la atención de forma muy poderosa la cabeza de María. Nos atrae. Nos reclama: está pletórica de misteriosa hermosura. Veamos de cerca sus facciones: el rostro es alargado, su nariz larga y prominente, la boca delgada y pequeña. El lector puede comprobar que estos rasgos no están de acuerdo con el canon de belleza de nuestra cultura occidental: la nariz aguda y aguileña de María, esa boca tan exigua...

La cabeza se concentra en su rostro. Pero éste es algo más que la suma de sus facciones. Suele decirse que es el espejo del alma. En este rostro se refleja la hermosura de Dios. Un lago limpio refleja el cielo. María es lago limpio a los ojos de Dios. Como un lago reverbera la luz y el cielo, así María refleja el cielo luminoso de Dios.

María es hermosa porque Dios así la ha hecho. Pero su belleza no perturba, sino que pacifica; no es deslumbrante, sino recatada. Quien contempla el icono tiene que rendirse a esta evidencia y consentir en esta belleza interior, que le brota

⁵ P. Evdokimov, *L'art de l'icône. Théologie de la beauté...*, 220.

desde dentro, desde lo más hondo de su alma, habitada por Dios. Como un espejo sin manchas o un lago sereno, así es el rostro de María.

No vemos un rostro solo, sino acompañado junto a otro; son dos caras unidas, la de una madre y su hijo; se dan calor, se contagian de amor («El niño mira a su madre / con los ojillos del alma...»).

Más adelante contemplaremos despacio el milagro de esos dos rostros juntos. Ahora seguimos atendiendo al rostro de María.

En su cara destacan sus dos ojos: inmensos, rasgados, palpitantes de vida. En el vestido o manto de María hay dos estrellas. Podemos afirmar –o evocar– que esas dos estrellas se han cuajado en los ojos de María, que las auténticas estrellas son sus ojos. La nota dominante emergente del rostro de María y que se impone a quien lo contempla es la paz serena de esos misteriosos ojos.

Inmediatamente percibimos que estos ojos nos miran. Desde el primer momento nos están contemplando. ¿Qué dicen estos ojos silentes? No están mudos. No son dos piezas gélidas de negro carbón o azabache; comunican, conversan con nosotros. Como son tan hondos, nos hablan desde la profundidad y se dirigen a nuestra alma. Nos hablan de la infinita belleza divina. Dios ha mirado a María y la ha hecho hermosa.

Los poetas suelen decir que los ojos son como dos pozos. En ellos se refleja el cielo estrellado. El cielo que es firmamento. Un firmamento algo inquebrantable y que permanece para siempre: la ternura infinita. Dios ha concentrado la compasión de su mirada en esos dos ojos de María. Por eso el icono es llamado con acierto «la Virgen de la ternura».

Son ojos de alguien que ha sufrido, manifiestan una pena incontenible: la propia de la Virgen del Viernes Santo, que ha asistido a la pasión de su Hijo y lo ha contemplado moribundo y muerto en la cruz. Esa mirada está acrisolada por el sufrimiento. Se sabe que este icono procesionaba por las calles de Moscú en la tarde del Viernes Santo. Como la Virgen ha pasado por la prueba del dolor y conoce el tamaño y la dureza de la espada, que le profetizó Simeón, y que le ha atra-

vesado el alma, puede mirar con misericordia nuestra propia pena. Es experta y maestra: sabe de dolores. Es toda ella madre compasiva. Sus ojos muestran una densa aflicción. ¿Cómo no dejarse mirar, acompañar y consolar por esos ojos misericordiosos de María, nuestra Madre?

H. J. M. Nouwen también contempló arrebatado este icono, y quedó prendado –él mismo lo confiesa– de los ojos de María. Escribió con acierto: «Sus ojos miran a la vez hacia dentro y hacia afuera. Hacia dentro miran al corazón de Dios y hacia afuera al corazón del mundo... Los ojos de la Virgen no son curiosos, investigadores, ni siquiera comprensivos: sus ojos nos revelan nuestro propio ser»⁶. Nos invitan a acercarnos a Jesús.

Mas sus ojos se alargan. Obsérvese qué prolongado es el arco de las cejas y qué dilatada su pupila. Quieren mirar a todos sus hijos, sin que ninguno solo se extravíe por los oscuros rincones.

Estos ojos nos hablan también con sus manos, se prolongan en sus dos manos.

La mano derecha sostiene a Jesús. Pero si uno se fija con atención, más que sostenerlo, lo que hace la Virgen es auparlo. Su mano derecha –abierta desde el pulgar hasta los otros cuatro dedos, en forma de cuna– es como un trono para que su Hijo se asiente. María es, en efecto, trono de la Sabiduría. En ella reposa y descansa su Hijo, la Sabiduría de Dios.

Lleva a su Hijo como un estandarte de gloria, lo porta como quien carga ufano un trofeo. El orgullo de una madre es su hijo. Para María no existe más gloria que Jesús, su Hijo. Por eso lo alza como un triunfo. María enarbola el tesoro de su Hijo, que es su bandera de victoria.

También su mano se asemeja a un cáliz, debido a la forma que adopta y a la abertura con que se dilata. María es un cáliz completo para su Hijo: en donde ha fermentado el mejor vino, donde se consagra el vino alegre y amargo de la pasión de su Hijo, y que ella ahora ofrece como bebida que da la vida eterna a toda la humanidad.

⁶ Henri J. M. Nouwen, *La belleza del Señor. Rezar con los iconos*, Madrid 1988, 38.42

Con la mano izquierda señala. Los cinco dedos como cinco flechas apuntan hacia su Hijo. Esta mano ocupa el centro del icono. María no es sino una flecha lanzada hacia el blanco de Jesús. Es su dirección personal. María nos devuelve a su Hijo. Nos dice que después de mirarla a ella, y ver en ella el primor de la gracia de Dios, es preciso mirar a su Hijo. Con este gesto reproduce lo que hizo en Caná: *y* no ha dejado de realizar, señalar a Jesús: «Lo que él os diga, eso haced» (Jn 2,5). Representa la esencial función que desempeña en la historia de la salvación: ser mediadora entre la humanidad y su Hijo.

Esta mano ocupa el centro del icono y expresa su mensaje. María proclama la grandeza del Señor y exulta en Dios (Lc 1,46). Toda ella es una invitación, ¡tan discreta!, sin forzar ni violentar nunca –tal como suelen hacer las madres– para que nos acerquemos a su Hijo.

María siempre remite a Jesús. Desde que Dios la creó sin mancha, porque iba ser la madre de su Hijo, hasta ahora que está en el cielo, velando por los hermanos de su Hijo, no ha dejado nunca de mirar al Hijo de su corazón: Jesús. Ella es discípula de su Hijo: lo sigue como a su Maestro, lo adora como a Dios, lo quiere como a Hijo. Toda su existencia no tiene sentido sino en Jesús. Por eso lo señala y destaca. Observe el lector qué delicadeza en la mano de María, mostrando a su Hijo.

4.2. El Niño o el prodigio del icono

¿Quién aparece en el regazo de María? A primera vista, se trata del Niño Jesús. En efecto, en sintonía con toda la tradición evangélica y pictórica, hay que afirmar que es Jesús, su Hijo. María lo lleva entre sus brazos. ¿Cómo iba a decirse de otra manera, cuando existe toda una maravillosa pléyade del arte religioso que puebla nuestras iglesias y santuarios? ¡Tantos cuadros con la Virgen y el Niño nos contemplan!

Pero observamos en este niño una sorprendente metamorfosis. Su figura no es la habitual de un niño pequeño. Sus proporciones se encumbran. Adquiere una magnitud insospechada. A semeja una figura imponente. Parece una columna o una roca dorada, o una inmensa llama de fuego. Es decididamente

alguien grande. En el arte del icono, la figura del niño se transfigura en la de Jesús adulto. Sus vestiduras no son los acostumbrados pañales de un niño, sino que porta una túnica (*hymation*) dorada, propia de un sumo sacerdote. También lleva cinturón de oro en su talle. El libro del Apocalipsis aplica esta típica indumentaria a Cristo, como sumo sacerdote (Ap 1,13).

El niño no se queda convertido en un perpetuo infante, sino que representa a Jesús, que crece, se desarrolla y pasa por la vida haciendo bien, que muere y resucita. Ahora lo vemos convertido en Señor de la vida, Jesucristo, tal como leíamos en aquellas letras iniciales que aparecían junto a su cabeza.

Nosotros adoramos no a un niño, sino a Jesús muerto y resucitado, el que ha realizado su misterio pascual y que ahora vive gloriosamente.

Este niño es imagen del Padre, sugerida en esa columna dorada, esa inmensa mole a la que se asemeja el ancho cuerpo de Jesús. Él lo ha dicho: «Quien me ve a mí ve al Padre» (Jn 14,9).

Se cumple la palabra del profeta Isaías: «Nos ha nacido un niño, se nos ha dado un hijo que lleva sobre los hombros la soberanía, y que se llamará Consejero prudente, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de la paz» (Is 9,6). En ese niño descubrimos la presencia del Padre, que es Dios fuerte y Padre eterno.

Seguimos contemplando y caemos en la cuenta de la desproporción del cuello. Es una hinchazón exagerada. Una garganta inmensa. No parece convenirle a un niño pequeño. Se nos está hablando con el símbolo del Espíritu Santo, que es la garganta de Dios –al modo de una bella sinécdoque–. Dios infunde su sopro vital, al comienzo de la historia, y crea al hombre (Gn 2,7). Cristo exhala el Espíritu Santo sobre sus discípulos reproduciendo el mismo gesto de Dios, soplando sobre ellos (Jn 20,22). Para mostrar la presencia del Espíritu Santo que Cristo nos comunica, el icono exagera de manera muy expresiva el cuello del niño, desde donde brota la brisa, la fuerza, el hálito del Espíritu.

Asistimos a una prodigiosa metamorfosis. En ese niño pequeño se encuentra el misterio completo de Jesús: hijo de

María, Cristo glorioso, Hijo e imagen del Padre, y donante del Espíritu Santo. El arte del icono, mediante su delicada sugerencia y sus rasgos alusivos, así nos lo muestra.

4.3. La Madre y el Niño cerca, o la Iglesia y Cristo juntos

Cristo abraza a María. Admire el lector el movimiento. Con qué ímpetu se lanza todo su cuerpo sobre ella, con qué fuerza la rodea con su brazo izquierdo, como a la esposa del Cantar. Le mira a los ojos directamente y junta su cara a la cara de la Virgen.

Ya sabemos de dónde brotan el misterioso brillo de los ojos de María, la hermosura de su rostro, la belleza de todo su ser. Vienen de su hijo Jesús, su Señor y su Rey, el más hermoso entre los hijos de los hombres, la plenitud de la divinidad hecha cuerpo.

El Hijo la abraza entera, con suma delicadeza la rodea por el cuello; se enlaza a ella y la ciñe con ternura y calor, sin trepaga, como si aconteciera una continua estación de los amores.

La contempla arrebatado con sus dos ojos penetrantes, que clava como dos dardos en los ojos de su madre. Así la miró Dios desde el primer día que la creó; no ha dejado de mirarla y por eso ha hecho en ella maravillas.

Asistimos a una profunda transformación. El rostro que vemos es el rostro de la Iglesia. Cristo se entrega a la Iglesia. Todo él se vuelca sobre toda ella: la ama, la alimenta con sus sacramentos, no cesa de mirarla y abrazarla, la quiere para sí santa y pura, sin mancha ni arruga.

Se cumplen perfectamente las palabras de san Pablo: «Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada» (Ef 5,25-27).

Jesús exhala sobre la Iglesia su aliento más íntimo, en una continuada fiesta de Pentecostés: el don del Espíritu Santo. Acerca su cara a la cara de la Iglesia, la toca con ternura, la hace vivir, casi por ósmosis, en un sacramento de amor ininterrumpido.

La Iglesia nos sigue diciendo en qué fuentes tenemos que abreviar la verdadera belleza que no se marchita.

María es imagen y prototipo de la Iglesia. Es madre del Señor, figura de la Iglesia. Virgen y Madre, tal como más adelante podremos ver.

Tal es el prodigio del arte de este sublime icono. Quien lo contempla asiste a una profunda conversión. Entra en un dinamismo y en una corriente inimaginables: se deja transformar por el amor. También permite que la hermosura de Cristo le cambie y le impregne de su misma hermosura y belleza, que le comunique la revelación del Padre y le haga donación de su personal aliento, que es el Espíritu Santo.

Comentario poético al icono: La Madre y el Niño

El niño mira a su madre
con los ojillos del alma.
La madre le respondía
con su corazón en ascuas:

*-Madre, déjame crecer
como el sauce junto al agua,
a tu orilla, por el aire,
la luz de nieve en la rama.*

*Madre, déjame apoyar
mi cabeza en tu almohada,
mis nubes en tus mejillas,
mi corazón en tu llama.*

Su madre le respondía
-la ternura enajenada-,
derritiéndose sus ojos
en miles de estrellas claras.

*-Cómo me llena, hijo mío,
cuando te aprieto y me abrazas;
eres mi tierno tesoro,
la joya de mis entrañas.*

*Tú eres mi mar y mi cielo,
el balcón de mi mirada,
partitura de mi risa,
de mi silencio cantata.*

El niño, siendo un lucero,
se ha dormido en la mañana.
Su madre le sonreía.
Al amanecer, el alba...